LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO IX — BARCELONA 21 DE ABRIL DE 1890 — NUM. 434

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA PARTIDA DE CAMPO

cuadro de Miralles, grabado por Sadurní

No es esta la primera vez que la firma del celebrado pintor catalán, Sr. Miralles, aparece en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En otras ocasiones hemos publicado copias de sus cuadros y al hablar de éstos hemos consignado lo que del artista pensamos y le hemos prodigado los elogios que en justicia se le deben.

Enamorado del *chic* de las mujeres parisienses y de las costumbres de la sociedad elegante de la capital francesa, Miralles ha sabido reproducir uno y otras con la exactitud propia del profundo observador, embelleciendo sus cuadros con los poéticos toques que su talento artístico contempló en la naturaleza y sorprendió en las escenas de la vida real.

Una partida de campo confirma nuestras palabras: en él las figuras y el paisaje están pintados con delicadeza suma, el tono general del lienzo respira apacible poesía y los detalles se nos ofrecen irreprochables por su verdad y por las muchas bellezas que se admiran en ellos.

En suma, esta obra viene á aumentar la larga serie de las que tanta fama han valido á nuestro compatriota á quien nuevamente enviamos un cariñoso y entusiasta aplauso.

ANTES DEL BAILE

cuadro de Ziekendrath, grabado por Bong

No se trata en este cuadro de la inocente niña que va á hacer su debut en el gran mundo y á gustar por propia experiencia los placeres con que tantas veces ha soñado, ni de la enamorada joven dispuesta á escuchar dulces conceptos deslizados en sus oídos entre los armoniosos acordes de la orquesta y mientras en sus brazos aprisiona su cuerpo el que con sus palabras tan bien supo hacerse dueño de su alma, ni de la mujer hastiada ó escéptica que va al baile segura de no encontrar nuevas emociones para su gastado corazón, ni de la honrada esposa que se dispone resignada á cumplir uno de los deberes que impone la sociedad en que vive.

La expresión de su hermoso rostro y la apostura casi varonil de su cuerpo admirablemente formado son claro indicio de que la arrogante belleza con tan exquisito arte pintada por Ziekendrath se apercibe á entrar en una de aquellas luchas á que está tan avezada y que tanto la deleitan convencida de la inferioridad del enemigo á quien trastorna con sus picarescas miradas y atrevidas sonrisas y de la superioridad de sus armas escogidas por ella entre las mejores del provisto arsenal de la coquetería.

LA LECCIÓN DEL ABUELO

cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude

Las escenas de la vida marítima inspiran á menudo y con fortuna á los pintores: de ello tenemos nueva prueba en el cuadro que reproducimos.

La lección del abuelo combina en hábil contraste la ruda fisonomía del viejo lobo de mar con el fresco semblante del chiquillo que aprende á fabricar el artefacto con el cual algún día habrá de ganarse el sustento. En la aplicación con que el muchacho se absorbe en su tarea hay algo conmovedor y gracioso, al paso que los rasgos del anciano han adquirido á fuerza de peligros y de fatigas una serena gravedad que los ennoblece.

Esta composición de carácter tan sencillo como verdadero puede figurar entre las mejores del reputado pintor Souza Pinto.

EL ESPEJO DEL ALMA, cuadro de G. Schachinger

Aunque este cuadro no estuviera lleno de primores de ejecución, como lo está, siempre resultaría eminentemente simpático por la idea que en el fondo encierra. No quiso el pintor limitarse en él al procedimiento, ya no muy original, de reproducir en un espejo el rostro de una figura vuelta de espaldas; quiso y consiguió censurar indirectamente un defecto imperdonable aun tratándose de una joven bella y elegante como la del hermoso cuadro de Schachinger: la vanidad. ¿Y cómo lo consigue? Apelando á un medio tan sencillo como ingenioso; haciendo que el lindo busto se destaque entre un grupo de



UNA PARTIDA DE CAMPO, cuadro de Miralles, grabado por Sadurní

plumas de pavo real, animal que es el símbolo del más necio de los pecados capitales.

Tiene el lienzo bellezas de primer orden, como por ejemplo la verdad con que están tratadas las flores, telas y demás accesorios y la naturalidad de la actitud y de la expresión de la figura, pero por encima de ellas está, en nuestro sentir, el pensamiento capital de que el cristal azogado en que se refleja el cuerpo de la joven sea, á la par, el espejo que reproduzca su alma.

ALEGORÍA DEL MES DE MARZO

por Enrique Lefler

El pintor alemán tomando por pretexto la alegoría del mes de los vientos ha trazado una graciosa escena de aquellos que algunos llaman buenos tiempos y que en nuestro concepto no fueron mejores ni peores que son los actuales. Hay en la mirada que cruzan los dos jóvenes y en la sonrisa con que se saludan una picardía (y no usamos esta palabra en su sentido más malo) que no es patrimonio exclusivo de ninguna época, y que si alguna vez supo disimularse tras una hipocresía engañadora, surgió con nuevo vigor al soplo de cualquier pasioncilla. Quizás esto mismo quiso indicarnos el artista al colocar su escena en ese mes durante el cual la naturaleza aparentemente muerta bajo las nieves invernales renace vigorosa y lozana cuando siente en su seno los primaverales efluvios del calor que la fecunda.

LA PRIMERA IMPRESIÓN

cuadro de Carlos Arnold

No necesitamos explicar cuál es el asunto de este cuadro; harto salta á la vista el contraste entre el miedo y el respeto del lanoso faldero que por vez primera se encuentra frente á frente de la disecada cabeza del tigre y la familiaridad con que la trata el esbelto lebrel que de antiguo la conoce.

¡Cuántas veces se repite en este mundo la fábula de esos dos perros! ¡Cuántos se inclinan tímidos ó respetuosos ante el que tratado íntimamente resulta inofensivo cuando no despreciable por su insignificancia!

EL GENERAL CAPRIVI

nuevo Canciller del Imperio alemán

Jorge León Caprivi de Caprara de Montecuculli nació en Berlín en 24 de febrero de 1831: á los 18 años ingresó como subteniente en el regimiento de Francisco José de granaderos de la guardia en el que ascendió hasta el grado de comandante que tenía al comenzar la campaña de 1866 durante la cual sirvió como agregado al estado mayor del general en jefe del ejército de Bohemia.

En la guerra franco-prusiana de 1870 que estalló siendo él teniente coronel fué nombrado jefe de estado mayor del primer cuerpo de ejército y se distinguió notablemente en varias batallas y sobre todo ordenando el movimiento que efectuó el décimo cuerpo mandado por el general Voigth-Rhetz y que cortando la marcha de los franceses sobre Verdun les obligó á retirarse á Metz.

En 1871 entró en el ministerio de la guerra como jefe de división; en 1876 y 1881 asistió como jefe de la comisión alemana á las maniobras rusas y francesas respectivamente. Teniente general en 1882, hallábase al frente de la 30ª división de infantería de guarnición en Metz, cuando Guillermo I le colocó con la categoría de Secretario de Estado y el título de vice-almirante al frente del Almirantazgo del Imperio, de donde salió para encargarse del mando del 10° cuerpo de ejército que ocupa el Hannover. Allí le ha sorprendido en 20 de marzo último el nombramiento de Canciller del Imperio con que le ha honrado Guillermo II.

El sucesor del príncipe de Bismarck no es un diplomático; su carrera, como se desprende de la biografía á grandes rasgos trazada, es puramente militar. Esto sentado, la elección de Guillermo II ¿significará en éste el deseo de ser él y sólo él quien dirija la política alemana y de tener en el general Caprivi simplemente un instrumento de su voluntad y de sus planes? Y si esto es así ¿se conformará el nuevo canciller con este papel pasivo ó tendrá talento y energía bastantes para enseñorearse del ánimo del nieto como su antecesor se apoderó del ánimo del abuelo?

De todos modos el nombramiento del general Caprivi ha dado lugar á que los políticos de todas las naciones se hayan echado á fantasear llegando en sus comentarios á las más encontradas soluciones, pues mientras unos afirman que ese suceso precipitará la guerra, suponen otros que contribuirá á afianzar de un modo más firme que hasta aquí el estado de paz de Europa y quizás al tan deseado desarme universal. ¿Quién tendrá razón?

No nos toca á nosotros contestar á esta y á las anteriores preguntas; tócanos sólo compadecer á los pueblos europeos cuya tranquilidad, bienestar y progreso pueden estar á merced de las genialidades de un jefe de Estado ó de las alternativas de cualquier cambio político.

EL NUEVO PIGMALEÓN

Ægri somnia...

¡Pobre Leoncio! Siempre que recuerdo su lamentable historia, siéntome sobrecogido de profunda tristeza y lamento más el extraño afán de aquellos que, apartando el pensamiento de la vida real, no tan mezquina ni insufrible como algunos creen, le tienden á otra existencia creada por sus sueños y se absorben en inacabables visiones contemplativas.

No pasaba Leoncio Valbuena de los veintidós años seguramente cuando yo le conocí; era de agradable presencia, alto, rubio, nacido en la patria de Murillo y Becquer y había terminado hacía poco tiempo la carrera de Medicina con notable aprovechamiento; no era mi amigo uno de los que con pocos conocimientos propios explotan la confianza ajena, sino un verdadero apóstol de su ciencia.

No interesa á mi relato dar á saber cómo y cuándo nos conocimos y apreciamos. Diré tan sólo que nos unía amistad grande y que en nuestras frecuentes conversaciones solía yo atacar vigorosamente su enfermedad.

Porque Leoncio estaba enfermo, y á pesar de sus grandes conocimientos en la ciencia y arte de curar, no sospechaba siquiera que no se hallaba en el pleno goce de su salud.

Y lo cierto es que ninguno de cuantos médicos ha habido en el mundo, desde Esculapio hasta Letamendi, hubiera caído en la cuenta del padecimiento de mi amigo Leoncio, padecimiento tan peligroso que dió fin con su vida, como verán aquellos que lean este relato, si paciencia para terminarlo tuvieren.

El caso era el siguiente:

Ningún síntoma alarmante se advertía en él; la sangre recorría con regularidad el laberinto de venas y arterias; los músculos, ágiles y flexibles, obedecían las menores indicaciones de la voluntad; los nervios trasmitían diligentes al cerebro todas las impresiones externas; en el pulmón, que funcionaba perfectamente, verificábanse las misteriosas nupcias del aire y la sangre; todos los órganos, en fin, cumplían su misión con escrupulosa exactitud... sin embargo, Leoncio estaba enfermo.

En vano buscaríais en los Diccionarios de Medicina el nombre de su enfermedad.

Era ésta aquel extraño afán de que antes he hablado; abominaba Leoncio de cuanto en el universo ocurre, gustaba de forjar otro en aquellas misteriosas cavidades del cerebro donde la idea se elabora, y se pasaba las horas que sus tareas le dejaban libres en separarse cuanto podía de este mísero planeta, si no materialmente, cosa al parecer imposible hasta ahora, acudiendo á los recursos de aquella imaginación suya, lamentablemente poderosa.

Todos cuantos esfuerzos puede llevar á cabo la más decidida amistad (y la que yo le profesaba era entrañable) puse en acción, en cuantas ocasiones me dieron oportunidad para ello, sin que el éxito por mí tan ardientemente deseado, correspondiera á la sinceridad de mis afanes.

Era Leoncio un soñador empedernido: pasaba su vida soñando, y de aquellos sueños nació la idea más absurda, más descabellada é increíble que germinó jamás en mollera humana. Se enamoró... y no quiero decir con esto que sea el enamorarse disparate; obedece el hombre juntamente á una ley física y otra moral cuando siente amor y lo fija en quien lo merezca y corresponda, y natural es entonces que se desarrolle vehementísimo y sea manantial perenne de las felicidades más altas que pueden embellecer la vida.

Pero no se enamoró Leoncio como puede enamorarse cualquiera; se enamoró de cierta mujer que jamás había visto, en la acepción recta de la palabra, ni podía ver, porque tal mujer no existía, ni había existido jamás, ni podía existir.

Y voy á explicarme más claro inmediatamente, para que no crea el lector benigno que trato de burlarme de él, cosa ciertamente muy lejana de mi ánimo.

¿Quién no ha oído referir la historia de Pigmaleón? Todos saben que era el tal famoso escultor griego, autor de una estatua tan prodigiosamente hermosa, que, sin poderlo remediar, quedó el infeliz artista prendadísimo de ella.

Pues algo muy parecido á lo que aconteció al escultor, cuya extraña aventura se ha perpetuado, le ocurrió á mi amigo Leoncio, que si no escultor, ya he dicho que era de imaginación soñadora, y por consiguiente no necesitaba otros mármoles, cinceles, ni utensilios que su fantasía.

En efecto, dióse á pensar en el amor, en la inefable dicha de amar y ser amado, en las condiciones que había de tener la mujer querida, y cálculo tras cálculo, meditación tras meditación, medidas y más medidas, convencióse de que únicamente aquella mujer soñada, solamente aquella podía hacerle venturoso.

¿Creéis que mi amigo se decidió á buscar por esos mundos la mujer que más se aproximase á la ideal?

Pues, no señor; no hizo tal cosa; no se contentaba él con semejanzas, y tampoco creía que poseyera el mundo nada que ni remotamente fuera parecido á la deidad que entonces, todavía confusamente, vislumbraba, en lo cual forzoso es concederle razón.

Por lo tanto, seguro, como llevo ya dicho, de que únicamente aquella mujer podía darle la anhelada dicha, y de que la tierra no podía proporcionársela, y decidido además á no pasarse sin ella, decidió *crearla*.

Creóla pues, y la creó tan perfecta como debía esperarse de aquella fantasía, de suyo poderosa, y por el idealismo exaltada.

Allí, en el tabernáculo sagrado, en el taller sublime de su mente fué surgiendo esplendorosa y divina la figura deseada. Las canteras de Paros y Carrara sólo hubieran producido inmundo barro en comparación de *aquello* blanco, blanquísimo, suave y fresco en que Leoncio trazó con armonía y proporción admirables, contornos jamás vistos en nuestro planeta. ¿De qué materia se hubiera valido el más inspirado artista para formar la cabellera luenguísima que poco á poco, al conjuro de la voluntad de Leoncio, fué derramándose con ensortijamientos fantásticos por las hermosas espaldas? ¿Qué paleta tuvo jamás matices que compitieran en delicadeza con los que del maravilloso cuerpo brotaron?

Y día tras día, sin punto de reposo ni barruntos de olvido, prosiguió el artista modelando *in capite* la intachable escultura hasta que todas las curvas, ondulaciones y relieves con suprema armonía combinadas aparecieron en el fondo de su cerebro iluminado por la fantasía forman do el cuerpo más deliciosamente bello que soñar pudo la imaginación más exuberante.

Deleitóse el nuevo Pigmaleón contemplando aquella su obra maestra, y después de admirar la sublime perfección á que llegaba, reunió por un esfuerzo asombroso de la voluntad todos los impulsos de su inteligencia y en aquella obra hermosa forjó el principio misterioso, la esencia extraña, el inefable *quid* que derramó la vida en el cuerpo del prodigio. Y entonces amanecieron en las pupilas espléndidas auroras, y en los labios, antes sólo milagros de color y de dibujo, brotó triunfalmente el movimiento, signo de la vida, en sonrisas celestes, y en el corazón surgió el latido, poblando de palpitaciones las líneas y combas del bellísimo busto. Y si el soñador Leoncio labró tan portentosamente el cuerpo, ¿qué espíritu imaginaría para que fuera digno soberano de aquella hechura?

Imaginadlo también vosotros, combinad las más absolutas sublimidades psíquicas, que yo (que siempre fuí de expresión deficiente) no he de osar retrataros el alma por excelencia que á mi pobre amigo ocurrióle en su extraña manía colocar en la imposible escultura de sus sueños.

Y una vez consumado el *FIAT*, no pensó en otra cosa que en contemplar, adorar y poseer espiritualmente su creación, y fué para él la vida una serie no interrumpida de absorciones en su amor de enajenado. Todas las operaciones de la vida común verificábalas como maquinalmente, y toda su clientela de enfermos la fué perdiendo poco á poco, pues en más de una ocasión recetó gárgaras de ácido nítrico á un varioloso, se empeñó en curar una anquilosis verificando la operación del trépano, ó pretendió vencer unas fiebres gástricas con inyecciones de amoníaco en los oídos. Tales desatinos y otras mil extravagancias que omito eran sólo efecto de la perenne presencia de *Eva* (que así la bautizó mi pobre amigo) en su trastornado espíritu.

Por fin y postre... ¡cuánto dolor causa recordarlo y decirlo...! efectuóse en él el fenómeno extraño, asombroso, impenetrable que desquicia la razón humana. Sí, amigos míos, sí. Loco, loco de remate quedó el desdichado.

Poco á poco primero y con terrible celeridad más tarde cayó en ese estado en que las ideas, tropezándose bruscamente bajo las cavidades del cráneo, parece que desatentadas ruedan y viajan vertiginosamente como en frenético torbellino, de lóbulo en lóbulo, de célula en célula, sin conseguir hallar jamás su nido verdadero, forjando monstruos espantables y trágicamente grotescos, conjunto deforme de los más incompatibles elementos, agitándose en estrambóticas danzas macabras y revolviendo en horrorosos contubernios las demencias más disparatadas... cayó en ese estado, digo, en que la retina (¡oh arcano!) en vez de reflejar lo exterior, á lo que á veces se hace insensible, no copia sino los febriles engendros del cerebro en tortura, como si por horripilante fenómeno girara el globo entero del ojo en la órbita, mientras los oídos, sordos también en ocasiones á los rumores externos, escuchan y comprenden las voces y sonidos que en el pandemonium de los sesos inexplicablemente se producen.

No creo necesario decir que fué preciso llevarle á un manicomio. Ingresó en uno, á poca distancia de Madrid situado y allí continuó y terminó su lamentable vida del modo que voy á referir.

Al poco tiempo de su estancia allí, ocurrió un desastroso accidente en el proceso de su enfermedad. En aquella anarquía intelectual, las hordas de ideas desordenadas y delirantes, arrastradas por tremendo vértigo, un día destruyeron y trituraron la famosa obra que con tanto esmero forjaran en otro tiempo, cuando dóciles obedecían la voluntad de Leoncio, de cuya inteligencia desaparecieron la materia fantástica y el alma-sueño de su inventada esposa; mas para complemento de desdicha, quedóle como una reminiscencia vaguísima de la existencia de aquella criatura.

Y al llegar á este punto, no sé en verdad cómo explicarme para ser comprendido. El desgraciado conocía (permitidme el impropio giro que voy á emplear) que algo se le había extraviado en el cerebro, y hasta vislumbraba confusamente lo que era; pero no podía precisar detalle alguno del deshecho ídolo. Únicamente recordaba el nombre, pero la palabra Eva no le servía de símbolo de algo conocido. Procuraré explicarme más claramente. Si yo oyera una palabra sanscrita, nada diría á mi inteligencia; sería un sonido vano solamente. Tal le pasaba á él con la diferencia de que recordaba que en otro tiempo tenía aquel nombre para él sentido clarísimo y en la época de que voy tratando no le era dado apreciar su significación. El intolerable tormento que aquello le causaba, fué el que produjo el terrible desenlace de su demencia.

Horas enteras pasaba en el jardín del manicomio buscando afanosamente en el aire, en el cielo, en los troncos y copas de los árboles, bajo las piedras, en todas partes, en fin, la *entidad* que se le había perdido, y murmurando constantemente: ¡Eva! ¡Eva! ¡Eva! únicas palabras que pronunciaba desde su entrada en aquella casa. Tomó de pronto su manía más alarmante carácter. Quizá con enorme trabajo pudo entrever que lo que buscaba, sólo en su cabeza había existido, y desde entonces al cráneo dirigiéronse sus investigaciones: palpábale, recorríale y golpeábale por fin sin cesar y con tanto encarnizamiento, que hubo que recurrir á la camisa de fuerza; pero la desesperación suya fué tan grande al verse privado de acción para rebuscar en su cabeza, que hubo de poner en grave aprieto á todo el establecimiento. Con las manos libres se hubiera matado al fin y al cabo, pero cuando se le imposibilitaba de moverlas, la enorme sobrexcitación que sentía había de causarle la muerte indefectiblemente.

Decidióse tras larga y animada controversia dejarle libre, aunque sometido á rigurosísima vigilancia.

Y este fué su último estado, que acabó del modo extraño y terrible que veréis, para terminar esta siniestra, verídica é inverosímil historia.

Una hermosa tarde de otoño había yo ido, según costumbre impuesta por el cariño que le conservaba, á visitarle; hacía ya días que parecía más tranquilo, y por esta razón el guardián que le custodiaba y contra el mismo defendía, hallábase más que de costumbre descuidado. Cierta amorosa pareja que en compañía de otras perso-

nas visitaba el cementerio de almas, íbase diciendo en voz baja aquellas ternezas propias de enamorados, y casualmente algunas frases apasionadas llegaron á oídos de mi infeliz amigo.

Oir aquellas palabras que no habría escuchado desde su entrada en el manicomio, alzar con viveza la frente como si en el fondo entenebrecido de su espíritu surgiera algún recuerdo, quedarse un momento vacilante cual si le faltara el final de aquella memoria y herirse de pronto con tan violentísimo, furioso é incontrastable ímpetu el cráneo, que éste, ya resentido de anteriores golpes, quebróse como bajo una maza, todo fué obra de un momento.

Acudimos todos hacia él, pero ya tarde. La destrozada cabeza, en un estado que yo no he de pintar, ensangrentaba el derribado cuerpo del desdichado; pero ¡ah! en su rostro no se advertían señales del espantoso dolor que debía sufrir; en sus ojos, de nuevo expresivos, brillaba una beatitud profunda, y con los últimos alientos, brotaron de sus labios estas palabras, primeras y últimas que pronunció en el manicomio: «Eva, Eva mía, al fin vuelves... al fin!...» Y cerrándose sus ojos, abandonándose por completo, quedó allí inerte el mísero despojo corporal de mi amigo.

¿Y su espíritu?... ¡Quién sabe!

ROBERTO ROBERT Y LÓPEZ

EL MARCO NEGRO (1)

I

Se llamaba Antonio Alegre y era pintor. No semejaba en esto sólo al famoso Correggio, que era pintor y se llamaba Antonio Allegri. El artista español, como el italiano, prefería la belleza femenina para tipo de sus obras; las modelaba con fuerza singular de claroscuro, y les imprimía un sello especial de delicadeza y de dulzura. Su lienzo era espejo donde sólo lo que era bello se copiaba; en su paleta no había matices para lo feo, como en su corazón no había sentimientos para lo malo.

ANTES DEL BAILE, cuadro de Ziekendrath, grabado por Bong

Pero el talento de Antonio yacía encerrado en lóbrega prisión: en la pobreza. Era tan pobre, que carecía de traje con que presentarse él, y de marco con que presentar sus pinturas. Antonio no poseía más que lo necesario, lo absolutamente necesario para comer y pintar. Y no comía sino para vivir, y no vivía sino para pintar.

Murió su madre cuando él era muy niño y quedóse al cargo de su padre, mercader de literatura vieja, ó sea vendedor y comprador de libros y estampas usados. El pobre hombre tenía su comercio, cual la hiedra, planta de las ruinas, pegado á los muros de antigua iglesia. Antonio creció entre grabados amarillentos y volúmenes envejecidos.

El día, así en invierno como en verano, lo pasaba con su padre en el *puesto*, mal abrigado del frío y mal guardado del sol. Cuando llegaba la hora, sobre un montón de papelotes polvorientos ó de infolios desvencijados, comían en escudilla de barro con cuchara de madera. Por la noche cerraba el padre el puesto y se subía con el rapaz á una buhardilla cercana, donde dormían. ¡De esta vida vivió catorce años!

El padre de Antonio no prosperaba en su comercio. Faltábanle despejo y malicia. No había logrado aprender á comprar una cosa buena como mala y á vender una mala como buena. Solía fiarse ¡cosa inaudita! de los compradores y hasta de los vendedores. Era un cuitado, que llevaba su honradez, como su giba el camello, para comodidad y provecho de otros.

Antonio, de niño, no sabía qué hacer en el puesto. No podía correr ni jugar, porque su padre no osaba apartarlo de sí; no podía leer, porque no sabía; no podía hablar, charlar más bien, sin medida, como gusta á los niños, porque su padre, ó estaba en diálogo monótono y continuado con los que acudían á la tienda, ó entregado á la lectura, aunque somera, de sus libros, para tener idea del surtido con que contaba.

Antonio no podía jugar, ni hablar, ni leer; sólo le quedaba un recurso: mirar.

Por la calle, como no era muy frecuentada, pasaba siempre lo mismo. El niño se cansó presto de barrenderos y sirvientes á primera hora, de estudiantes y oficinistas de ocho á diez, de vagos y ociosos al mediodía, de paseantes por la tarde, de «regresadores» (si vale el vocablo) al anochecer. Y no más, porque entonces Antonio y su padre cerraban el puesto y se encaminaban á su buhardilla. Pasábales como al perro á quien desatan para encerrarlo.

Antonio, pues, se cansó presto de mirar lo de afuera y dióse á mirar lo de adentro. Dentro de la librería había mucho que ver: docenas de estampas. Estas eran, en su mayoría, litografías medianas de cuadros famosos. El librero de lance había en una ocasión adquirido, por escaso precio, un montón de ellas; pero no cuidándolas, amarillearon en breve y apenas si vendía alguna á precio ínfimo.

Antonio, que frisaba en los doce años y empezaba, por lo tanto, á pensar con reflexión y á sentir con conciencia – pero que, como queda dicho, ignoraba aún la lectura y la escritura, – no daba otro pasto al espíritu que el que ganaba con los ojos. Teníalos por ello siempre fijos en los grabados. El mundo para él se componía de figuras vivas y figuras pintadas; éstas más bonitas que aquéllas.

Venus y la Virgen, Apolo y Cristo, Danae y Magdalena, Baco y Job fijaban indistintamente sus miradas. El hereje más abominable no hubiera procedido por malicia de otra suerte que procedía él por inocencia. Buscaba, quería, adoraba las deidades de la mitología con preferencia á los santos del cristianismo. Solía gustarle la Virgen cuando era de Rafael, de Murillo, de Sassoferrato ó de Rubens; pero cuando era de los antiguos maestros alemanes, italianos ó flamencos (es decir, cuando pertenecía á la época mística en que se pintaba con fe, y sin tratar, antes bien evitándolo, de halagar los sentidos), la Madre de Jesús no le era grata. Prefería á Venus, que en cualquier tiempo y en cualquier escuela ha representado el tipo más perfecto de la hermosura femenina. De tan singular manera se educaba Antonio.

Su ignorancia, que rayaba en pecaminosa, según hemos visto, fué quebrantada al cabo. El niño se desesperaba de tal modo porque no podía descifrar los letreros que tenían las imágenes al pie, aunque á veces se los leía su padre, que éste, deseoso también de que su hijo no careciese al menos de la instrucción más rudimentaria, pactó con un maestro de primeras letras la enseñanza de leer y escribir para Antonio, á trueque de algún libro prestado y de alguno que otro regalado.

El maestro, á hora determinada, de paso para otras lecciones, se detenía en el puesto de Alegre; acercábase al chiquillo y le daba la lección, que él muy atento seguía. En breve plazo aprendió á leer bien y á escribir medianamente. Pero esto último le importaba poco; hacía ya algún tiempo que Antonio sabía expresar sobre el papel sus ideas sin auxilio del alfabeto: dibujaba.

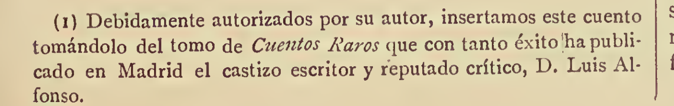
II

El anciano librero había sorprendido en cierta ocasión á su hijo con una estampa delante, otra vuelta por lo blanco sobre las rodillas, y un palito, que mojaba en un tintero, en la mano: trataba el niño, con ahinco singular, de reproducir en un lado lo que veía en otro.

Comprendió el buen hombre que aquello entretendría mucho al chico, y no hizo sino cambiar la estampa invertida por un pliego de papel y el rústico bastoncillo por un lápiz.

Desde aquel día no hubo para Antonio más tarea que el dibujo; dibujo caprichoso, intuitivo, con incertidumbres y vacilaciones á cada paso. Era caminar con luz, pero por vía ignorada; así, lo que debiera costar una hora costaba veinte. No flaqueaba por esto en su empresa; todas las fuerzas de su alma se habían condensado sobre aquel lápiz, como toda una bandada de avecillas sobre una rama. Marcaba, borraba, diseñaba de nuevo, volvía á corregir... La tela de Penélope era trabajo baladí comparado con el suyo. Al principio sus ensayos fueron torpes, apenas inteligibles, como las primeras palabras que balbucea el tierno infante... Despues el lápiz adquirió soltura, siguió con acierto las líneas, puso en claro los contornos, expresó las ideas: habló.

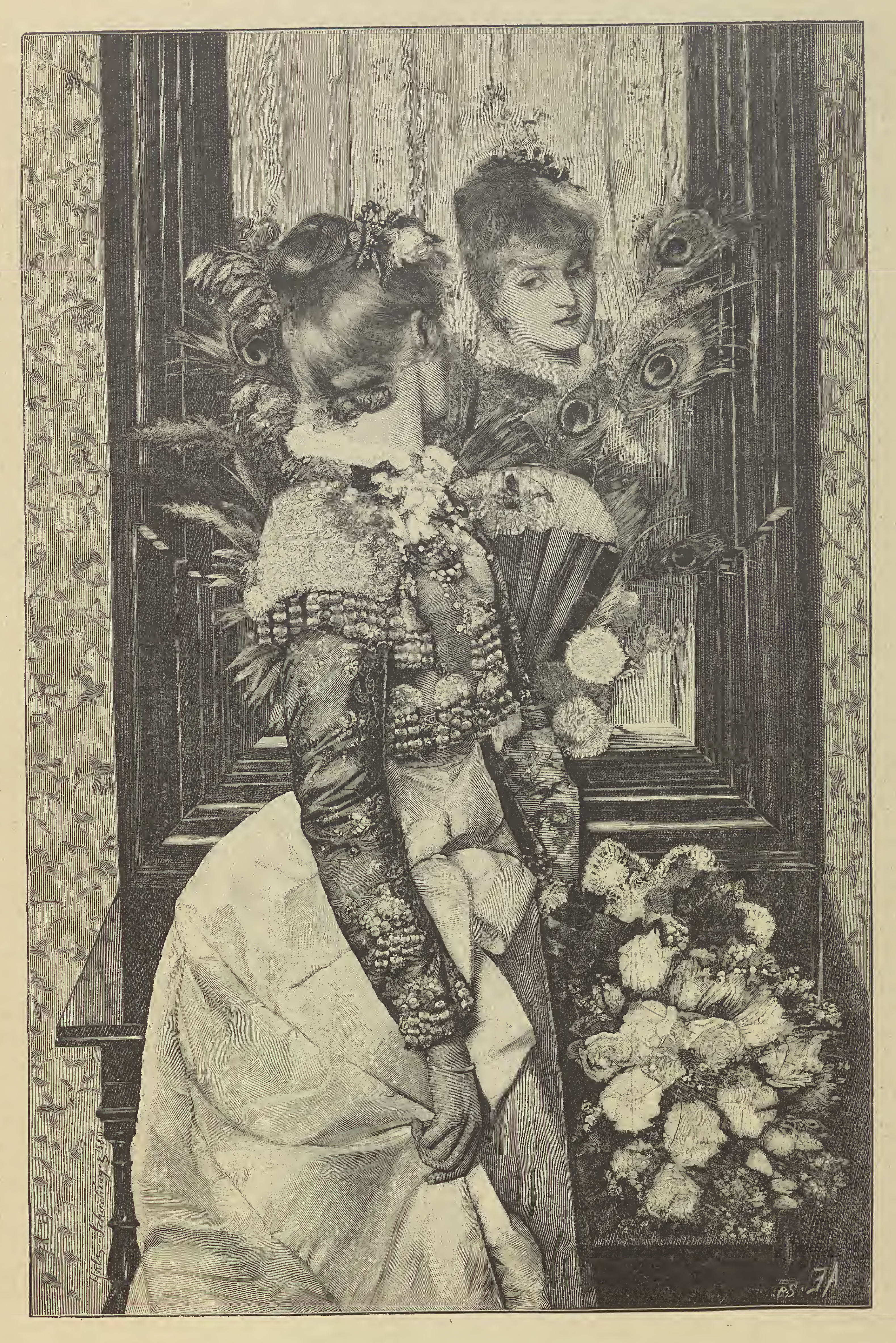
Poseía Antonio una cualidad sobremanera provechosa para aquel prolijo empeño: la paciencia. Con ella, tanto como con su ingenio nativo, inventó, adivinó ó suplió las reglas que desconocía.



(1) Debidamente autorizados por su autor, insertamos este cuento tomándolo del tomo de *Cuentos Raros* que con tanto éxito ha publicado en Madrid el castizo escritor y reputado crítico, D. Luis Alfonso.



LA LECCIÓN DEL ABUELO, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude



EL ESPEJO DEL ALMA, cuadro de G. Schachinger

En la iglesia, á cuyas vetustas paredes se había adherido el puesto de Alegre, entraron una mañana algunos hombres provistos de útiles de pintar. Antonio aprovechó un momento oportuno y entró tras de ellos. Ni él mismo se dió cuenta del espacio de tiempo que, asombrado, extasiado, contempló cómo aquellos hombres hacían poco á poco brotar de los entrepaños de la nave ó de las pechinas del ábside hermosas figuras y lindos follajes de vivos y variados colores.

El padre del muchacho, que nunca lo tenía lejos de sí, pasó muy inquieto aquel rato, y le reprendió vivamente cuando volvió. Pero al día siguiente Antonio le suplicó tanto que le dejase entrar en la iglesia, que el buen hombre, sosegado por otra parte al saber con certeza dónde estaba su hijo, consintió en ello.

Como, mirando estampas, con un lápiz y un papel en la mano, había aprendido á dibujar, mirando cómo decoraban los pintores aquel templo, aprendió Antonio á pintar. Aprendió también, al propio tiempo, á venerar la iglesia. «Casa de Dios debe ser – decía para sí – la que con magnificencia tal adornan los hombres.»

Un comisionista, que solía suministrar al viejo Alegre lápices y papel baratos (lo cual era una secuela de su industria de libros y estampas), llevó por acaso un día una de esas paletas de cartón con pastillas de colores que, para entretenimiento infantil, y á muy poco coste, fabrican en Francia. Alcanzó á verla Antonio, y fué tal y tan vehemente su deseo de poseerla, que el comisionista, amable de suyo, se la regaló. Antonio, loco de contento, imaginó que le entregaban en un haz los siete colores del iris...

Entonces, recordando lo que en la iglesia había observado, empezó á teñir con aquellas pálidas tintas las figuras que copiaba de los grabados. El primer día que lo hizo experimentó ese dulce sentimiento de vanidad que experimenta una madre pobre al vestir con ropas nuevas y vistosas á su niño.

Así creció Antonio; así pasó de los quince años. No conocía el mundo; no conocía la vida; no conocía siquiera Madrid. Sus pies recorrían únicamente los tres lados del pequeño triángulo, cuyos vértices eran su casa, el puesto y la iglesia. Oía distraidamente, por lo común, las conversaciones callejeras que se suscitaban cerca de él; leía alguna que otra vez libros de los estantes de su padre, y prestaba mucha atención á las músicas, ya de bandas que pasaban, ya, con más frecuencia, de un piano vecino. Y sin explicarse por qué, ni engolfarse en raciocinios para explicarlo, cuando leía versos armoniosos y correctos, recordaba los contornos gentiles de las ninfas del Correggio ó de Rafael, y cuando escuchaba la música, parecíale – y no le parecía mal – que las notas graves eran tonos oscuros, las agudas, tonos brillantes, y las notas medias, medias tintas, formando todo ello en su oído la misma deleitosa impresión que en su vista producían las pinturas.



ALEGORÍA DEL MES DE MARZO, por Enrique Lefler

Así, decíamos, creció Antonio y pasó de niño á hombre. Para él, á pesar de su situacion precaria – pues no había podido salir de la buhardilla por vivienda y del pucherete por comida, – no ofrecía la existencia grandes colores. No dormía sobre cojines, mas tampoco sobre espinas. Además, soñaba despierto.

III

Una mañana despertó Antonio con terrible despertar. Un hecho inopinado y brutal le hirió como un rayo. Su padre murió, y murió de repente. Cuando el médico examinó el cadáver, ante los vecinos que, por caridad los menos, por curiosidad los más, habían acudido, dió científica y detallada explicación de la causa de aquel imprevisto fallecimiento. Antonio no entendió la explicación, ni la recordó nunca. Para él, que en nada conocía rodeos ni intermediaciones, no había más que una cosa: su padre muerto. Lo único que preguntó al doctor, y con tal acento que nadie osó reirse, fué si existía algún medio de revivir un cadáver. Cuando oyó que no lo había, se acercó al difunto, cogió su diestra, la besó, le miró de hito en hito, tan pálido y tan frío como él, se apartó á un rincón, hundió la cabeza en las manos, y permaneció así veinticuatro horas, sin moverse, sin hablar, sin sollozar... pudiera decirse que sin vivir.

Al día siguiente la señora Tomasa le obligó á irse al puesto. La señora Tomasa, portera de la casa donde Antonio vivía, era una mujer entrada en años y en carnes, de genio pronto y de corazón excelente, dispuesta á reñir por todo, á reirse por todo y por todo á apiadarse. Era viuda; no había tenido más que un hijo, que murió de pequeño, hacía veinte años. Y como era de esos seres que no pueden existir sin querer, y el cariño que rebosaba en su pecho habíase quedado sin objeto y la ahogaba, como el exceso de sangre en ciertos temperamentos, apeló á una sangría, según decía ella, para no morirse, y fué trasladar á Antonio todo el afecto que hubiera dedicado á su hijo.

Obedeciendo, pues, á la buena portera, que, tanto por distraerlo de su pesar como por inclinarle á cuidar de su hacienda, lo empujaba hacia la calle, Antonio marchó á la librería y empezó á regentar el puesto.

Desde el primer momento aborreció el oficio. Dábale profunda tristeza, por una parte, no ver junto á sí á su padre, que tres días atrás estaba allí sano y fuerte; enojábale, por otra, haber de entenderse en las disputas y regateos de la compraventa; acongojábale, por último, no disponer apenas de tiempo para pintar.

Transcurrieron así algunos días. Uno de ellos, poco después de haber arreglado Antonio triste y perezosamente su estantería, oyóse un tremendo ruido y un clamoreo extraño en una calle que venía á desembocar casi enfrente del puesto. Un *break* de probar, arrastrado por dos caballos desbocados y enfurecidos, llegó, con la violencia de un huracán, á estrellarse contra la librería de Antonio.

Pudo éste evitar el choque, mas no así su menguada tienda. Agolpóse la gente; sobrevino, *casi* á tiempo, la policía; recogieron al cochero, sin sentido á consecuencia del golpe, á los caballos, lisiados y aturdidos, y al coche, roto y destrozado; y, habiendo rogado Antonio á los agentes de orden público que se marchasen, quedó él solo junto á un montón de tablas desquiciadas y de libros diseminados y maltrechos.

Permaneció así un rato, sin dar muestras de aflicción ni de cólera; después rogó en una tienda inmediata que cuidasen de las ruinas del puesto; se alejó, volvió á poco con otro librero de viejo, é *incontinenti* y sin regatear apenas, le vendió libros y estantería.

Tomó el dinero, y al irse le dijeron los de la tienda citada:

– ¿Sabe usted de quién era el coche que causó tanto estropicio? Del marqués de Campo-Bélico.

Antonio movió ligeramente los hombros, se despidió y se fué. Aquel nombre, sin embargo, quedó fijo en su memoria, como el del cirujano que, tras dolorosa operación, le hubiese devuelto la salud.

Antonio compró en el acto caballete, paleta, caja, colores, pinceles, lienzos y tablas; lleváronselo todo á su habitacion, lo instaló convenientemente, y se puso á pintar. En sus labios vagaba la primera sonrisa después de la muerte de su padre.

Al siguiente día un mayordomo del marqués de Campo-Bélico se presentó en el puesto de libros que había sido de Antonio, para entregar al librero, de parte de su señor, dos billetes de 500 reales, á título de indemnización por los daños que produjo el coche.

El nuevo poseedor de la blibloteca de lance dió mil gracias por su generosidad al marqués, en la persona de su mayordomo, y, sin decir nada á nadie, se guardó los cincuenta duros.

IV

El sotabanco que ocupaba Antonio estaba alquilado á la señora Tomasa, quien lo realquiló, en su tiempo, á Alegre, el padre. Cuando éste murió y el muchacho quedó huérfano, solo, pobre y sin recursos, á causa del accidente referido, la buena mujer dispuso que Antonio continuara ocupando la buhardilla, á condición de no pagar nada por ella. Hizo más: subió algunos muebles y trebejos, que, según dijo, le estorbaban; lavó y planchó unas cortinas blancas de percal, para adornar con ellas la ventana del pintor, y le arregló, en suma, el cuarto con un aseo y un orden que era un encanto. Antonio, sin pronunciar palabra, dió á la señora Tomasa un abrazo muy apretado. Pero este abrazo la compensó á ella con usura de todo cuanto había hecho.

Nuestro héroe vivía, pues, pintando, como al empezar dijimos. Llevaba algunos meses esta vida, hasta que un día de mayo – tanto más luminoso y risueño cuanto que el invierno, y aun el mes de abril, habían sido nublados y lluviosos – Antonio se levantó temprano, como de costumbre, preparó sus avíos de pintar, arrimó á la luz el caballete, y atraído por el dulce encanto de aquella mañana primaveral, se asomó á la ventana. Lanzó una exclamación y se echó atrás, pálido el rostro.

Había visto una mujer; mejor dicho, la mujer; aun mejor, *su* mujer.

V

El cuarto de Antonio, aunque abuhardillado, era bastante claro y bastante grande. La casa era muy antigua, de las de dos pisos solamente; de suerte que la ventana de Antonio, con ser de piso tercero, estaba baja.

El sotabanco no daba á la calle; el edificio á que pertenecía lindaba por las espaldas con el jardín de un caserón viejo, con honores de palacio, cuyo jardín, exento de servidumbre de luces, no podía ser curioseado por ningún vecino, á excepción de Antonio y una planchadora de edad madura que habitaban las dos buhardillas de la casa frontera.

Pero estos habitantes no molestaban á los del palacio, que apenas se daban razón de su existencia. Además, muy rara vez habían aparecido en las ventanas; la planchadora, por ocuparla dentro sus tareas, y los Alegre, padre é hijo, porque no estaban más que de noche en su buhardilla. Era aquella la vez primera que Antonio se asomaba á la ventana y fijaba su atención en el jardín.

Avanzando sobre éste, y arrancando del caduco edificio, había una galería ó terrado con recia balaustrada de mármol y corpulentos jarrones con plantas en flor. Al extremo de la galería, muy cerca, por lo tanto, de la ventana de Antonio y á no gran diferencia de nivel (pues, como sabemos, el sotabanco era bajo y la galería subía al primer piso), veíase, apoyada en el antepecho y perdida la mirada en las copiosísimas flores del jardín, una mujer joven y bella, y muy bella, muy joven y muy mujer.

No había, en efecto, en su semblante un solo rasgo que recordase el tipo masculino. Las líneas todas se dulcificaban en él; su color tenía la blancura arrebolada y delicadísima de las perlas rosa; el óvalo se disfumaba en suaves tintas, como en las cabezas de Andrea del Sarto; en los labios no había apenas las leves rayas que cortan la epidermis, y eran á la vez rojos como el fuego y frescos como el rocío; los cabellos, tan finos que trazaban como una aureola en torno á la frente, eran castaños á la sombra y rubios á la luz; las cejas, más oscuras, se arqueaban sobre los párpados, grandes, porque eran grandes los ojos, y en la pupila de éstos, de intenso azul, lucía un punto negro, donde titilaba siempre un átomo de sol... Pero estos ojos parecían templar su brillo con las pestañas, que caían apaciblemente velando á medias la pupila, como transparente cortinaje sobre una ventana abierta al fulgor de Mediodía... Ceñía el cuello de aquella mujer – de aquella niña de diez y siete años – una rizada gola de encajes, los cuales, después de dar vuelta á la garganta, bajaban hasta el borde de una bata de seda rosa, por el cual

avanzaba una puntiaguda chinela de igual tela é idéntico color. El encaje reaparecía luego al extremo de la manga, oprimiendo cariñosamente el arranque de una mano que parecía tallada en ese ónix de Méjico, diáfano y pulido, donde las vetas azuladas serpentean trazando sombras de líneas sobre el fondo nacarado.

Esto era el cuerpo, la estatua. Lo que la animaba y trocaba en mujer era un andar entre indolente y vivo; unos ademanes de tal suavidad, que semejaban preparar siempre una caricia; una voz más melodiosa que vibrante, como los cantares del Norte; una mirada de niña jovial y una sonrisa de mujer dichosa.

Antonio quedóse como si hubiese contemplado fijamente al sol; cerró los párpados, y aun después de cerrados veía resplandores. Los volvió á abrir y los fijó con hambre, esta es la palabra propia, en la bellísima aparición del jardín. Entonces, tras la sensación de los ojos, vino la del alma. ¿Qué sintió?...

Refiere la leyenda artística que Correggio, adolescente todavía y cuando germinaban en él, aunque sin darse cuenta de ello, los bríos de un gran pintor, hallóse un día, por acaso, ante un portentoso lienzo del divino Rafael: *Santa Cecilia.* El mancebo lombardo quedó extático, mudo, poseído de asombro é inflamado de súbito amor. Al cabo, rompiendo el éxtasis y adivinándose á sí mismo, exclamó: *¡Anch'io son pittore!* («¡También yo soy pintor!»)... Y lo fué.

Lo que á Antonio Allegri con la figura pintada, aconteció á Antonio Alegre con la figura viva: sintió que, al choque de una mirada, como al golpe de la vara de Moisés, se abría en su corazón un venero abundantísimo, en que bebían con afán sus sentimientos; sintió como si de improviso hubiesen libertado de ataduras sus sentidos y de una venda sus ojos; sintió un dolor que, aunque agudo, le deleitaba y un placer que, por momentos, le martirizaba como fiero dolor; sintió muchas cosas: cuanto hubiera podido sentir en veinte años lo sintió en pocos minutos. Y no sus labios, ni su conciencia, ni él mismo, sino una voz interna, desconocida, le hizo gritar como al pintor de Parma, pero gritar para adentro:

«¡También yo amo!»

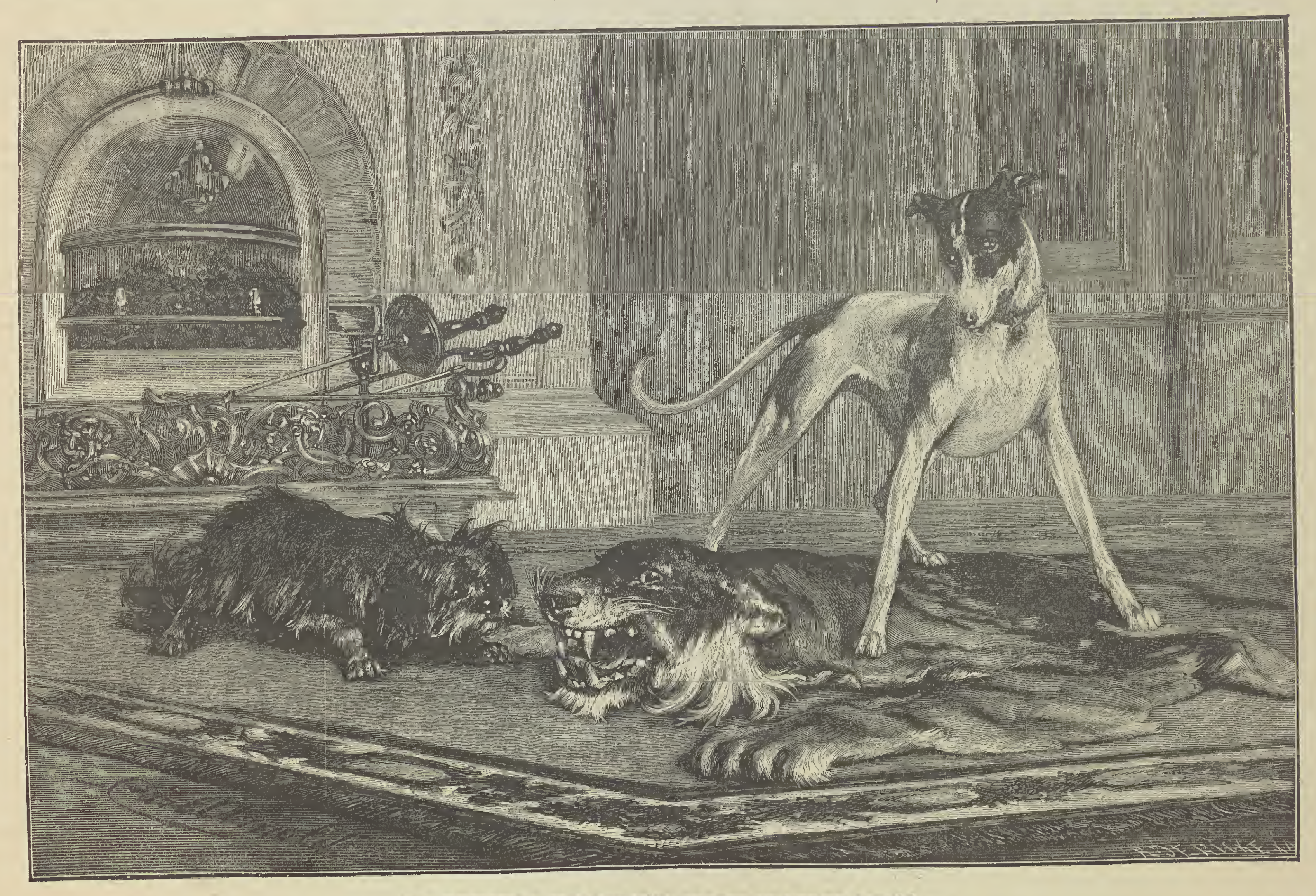
. . . .

Al oscurecer, Antonio salió, de su casa primero, y de la ciudad después, en demanda de aire y de soledad. Al cruzar por la portería se acercó á la señora Tomasa y le preguntó que quién vivía en la casa del jardín. La portera, un tanto sorprendida de la pregunta, le contestó:

– El marqués de Campo Bélico.

LUIS ALFONSO.

(Se continuará)



LA PRIMERA IMPRESIÓN, cuadro de Carlos Arnold

LA CUENCA DEL ALTO NÍGER (1)

Al salir de Bammako, atraviésase una primera cuenca habitada por los bambaras sometidos antiguamente á un solo caudillo y hoy divididos y obedeciendo á diferentes rivales que se han creado principados con los restos del imperio tuculeur de Segú, cuya capital estaba en grave aprieto cuando se firmó el tratado de Ahmadú. La lucha de los bambaras con los tuculeures y las rivalidades de los jefes bambaras son otros tantos obstáculos á la libertad del comercio en esta cuenca, existiendo hoy únicamente en Nyamina y Sansanding, habitadas por los sarakoleses, algunas huellas de un tráfico, en otro tiempo floreciente, con Timbuktú y Dienné.

Más allá de Sansanding, sin embargo, se encuentran los Estados de Boroba por donde se hace un comercio de tránsito de una á otra orilla, de Suala á Fatigné, Si, Barota, San y el Bendugú. Los diulas siguen esta vía desde que el estero de Diaka ha sido abandonado por su antes numerosa población á consecuencia de las guerras de Tidiani.

Por Diafarabé se penetra en el vasto país del Macina gobernado por un jeque tuculeur cuya población, en gran parte sometida por la guerra, se compone de elementos diversos y levantiscos, tales como peulhes, bambaras, sontays, etc. Como decía pintorescamente Tidiani, el jeque de Macina lleva á cuestas dos odres, Dienné y Timbuktú, polos del comercio por el río, de los que el primero le pertenece en propiedad y el segundo depende de él por lo que toca á la manutención. Además, el camino de caravanas que arranca de Haussa atraviesa el Macina, pudiendo decirse que el jeque de este país es el verdadero dueño del comercio de Timbuktú.

Algunos de los productos que alimentan el tráfico de esta última ciudad, como el marfil y las plumas de avestruz, proceden de la Doventza, del Hombori, del Djilgodi y del Libtako, Estados dependientes del Macina, en donde se obtienen gomas de distintas clases, cautchú, karité, algodón y añil y crecen en abundancia el mijo, el arroz, el maíz y el trigo, y en donde los rebaños de bueyes y de carneros se cuentan por millares y la cría caballar se practica en grande escala.

No lejos de Timbuktú termina el Macina y empieza el país de los tuaregs del que en realidad aquella ciudad depende y en cuyo interior reina la anarquía á causa de la lucha de los partidos bamas, kuntahs, peulhes y comerciantes. Timbuktú no es más que un depósito, una plaza de cambio de los productos negros, como la goma, el oro, las pieles, las plumas de avestruz y el marfil, por telas y pacotillas europeas.

Difícil es calcular el comercio de Timbuktú, pero es lo cierto que enriquece á los moros y satisface la codicia de los tuaregs y que el cónsul francés en Mogador estima en 600.000 ó 700.000 francos lo que lleva una sola caravana procedente de aquella ciudad. Si Francia arrebataba á Marruecos, ó mejor á los ingleses, el monopolio de las plumas de avestruz, del marfil, del oro y de las pieles de lujo, mercancías que ocupan poco sitio y son susceptibles de soportar los elevados gastos de transporte, el resultado sería sobrado remunerador para la nación francesa. Pero no son estos los únicos productos que pueden ser explotados sino que en primer lugar merecen colocarse las gomas de Timbuktú que hoy van á Marruecos en donde las compran los ingleses, existiendo motivos para creer que no todas encuentran salida. Después de la goma puede citarse el cautchú, el añil, el algodón, la lana, las pieles comunes y el karité.

La República Argentina nos ofrece un maravilloso ejemplo de lo que puede producir la industria pecuaria y la fertilización de tierras vírgenes por la cría de grandes rebaños de bueyes. En el Macina no falta ganado, y que su suelo es mejor que el de las Pampas lo demuestra el hecho de que en él viven ya los carneros cuando en aquéllas es para ello preciso que preceda una estercoladura natural hecha por los bueyes.

La manteca de karité, para producir buenos rendimientos en Francia, debería venderse en ésta á 70 céntimos el kilo, como se vende en Sansanding, pero si el consumo aumentase, su precio disminuiría, pues el árbol de la manteca crece natural y rápidamente en las orillas del Níger y si hoy escasea es á consecuencia de los incendios que los indígenas prodigan más de lo necesario. Con la desaparición de los bosques transfórmase la naturaleza del clima y del suelo, mas allí donde el hombre no ha hecho uso del hacha ni del fuego, la vegetación es espléndida, aunque el terreno sea pedregoso, como sucede en el desfiladero de Balú. Además, el karité puede dar por medio de incisiones, guttapercha, producto hoy raro en los mercados europeos.

Tales son los principales productos que podrían alimentar el comercio en el alto Senegal á cambio de objetos europeos que importan Marruecos y Trípoli ó tienen curso en Sansanding: lo difícil es hacerlos llegar allí por la costumbre que tienen los indígenas de ir á Timbuktú. Un tratado con ésta es cosa difícil de conseguir dada la anarquía que en ella reina y no ofrecería garantías suficientes ni destruiría la competencia de los marroquíes y tripolitanos. Establecerse por la fuerza de las armas en Timbuktú es para los franceses una empresa poco fácil, á causa de la inaccesibilidad de los tuaregs, pero hay para ello un medio más pacífico y más digno de la civilización, cual es entenderse con el Macina, puesto que el jefe de este país puede á la vez rendir por hambre á dicha ciudad é impedir que vayan á ella las caravanas y las piraguas. Cuando yo estaba en el Macina, el jeque Tidiani se negaba á aceptar el protectorado francés y proponía un tratado de comercio en condiciones inadmisibles: reemplazado por Munirú que nos debe la vida y el trono, será más fácil una inteligencia para firmar un tratado de comercio y de amistad. No le pidamos, por de pronto, el protectorado, verdadera abdicación que ahora no admitiría y que despertaría la desconfianza de las poblaciones, pero exijamos de él el compromiso de dirigir los productos negros hacia nuestras posesiones y de comprar á nuestros comerciantes los géneros europeos, obligaciones muy comunes entre los negros, tanto que el mismo Tidiani exigía en su tratado que no comprásemos caballos más que en Bangara.

(1) Extracto de una memoria presentada al Congreso Colonial por Mr. E. Cooton, teniente de navío.

Hecho el tratado, el camino de Bammako debe quedar libre y nuestros protegidos, los tuculeures y los bambaras, han de dejar pasar sin obstáculos por sus territorios á los diulas, para lo cual es preciso acelerar el término de la lucha entre los bambaras y Segú. Caminando éste hacia su ruina y no siendo Ahmadú bastante fuerte para gobernar los bambaras y á las poblaciones del alto Senegal, nos interesa precipitar la caída de los restos del imperio tuculeur.

Donde más tendrán que ejercer los cañoneros la policía del río es en la cuenca del Diafarabé. La expedición del *Níger* hasta Timbuktú ha demostrado que un pequeño buque se basta á sí mismo en las más difíciles circunstancias. Cuando tendremos en el río varios cañoneros de un tipo conveniente, fácil será ejercer la policía en la época de la navegación de las piraguas, y castigar á los indígenas que hubiesen delinquido durante la estación seca. Los cañoneros, además, explorarían los afluentes del Níger creando en ellos nuevas salidas al comercio, visitarían el Macina, el país de Timbuktú, descenderían por el río hasta donde pudiesen y resolverían de paso muchos problemas científicos y geográficos.

Nada habríamos hecho, sin embargo, con abrir el Níger á la navegación libre hasta Bammako si á la par no trazábamos un camino fácil entre Kayes y Bammako, de cuya construcción puede decirse que depende toda la cuestión económica del Sudán francés, y que siéndonos más necesario á nosotros que á los indígenas, tendrá por principal objeto disminuir los gastos de ocupación, pudiendo aprovecharse de él el indígena si lo desea.

Desde el origen de la ocupación del Sudán francés se había pensado en construir un ferro carril entre Kayes y Bammako, proyecto que luego se abandonó por excesivamente costoso y porque había de pasarse mucho tiempo antes de ponerle en relación con el material y mercancías que debía transportar. No obstante, el coronel Gallieni con los primeros materiales adquiridos y con los créditos de entretenimiento votados cada año, ha conseguido hacer llegar la vía férrea hasta Bafulabé en una extensión de 130 kilómetros, faltando 312 para llegar á Bammako.

De Bafulabé á Badumbé (90 kilómetros) el Bakhoy es fácilmente navegable (1): de los datos tomados resulta que 17 toneladas transportadas en 6 días han costado 2.000 francos ó sean 118 francos por tonelada y 90 kilómetros; de modo que si los 442 kilómetros de Kayes á Bammako pudieran recorrerse por el río, el precio sería 118 multiplicado por 5, es decir, 590 francos, que es casi la cuarta parte de lo que costaba en 1887. Resultaría, pues, que la vía fluvial es económica y mejorando las presas, construyendo una esclusa debajo de Bafulabé, organizando un servicio de piraguas y estableciendo un Decauville en Diubeba, en tres días se iría de Bafulabé á Badumbé.

Entre Bammako y el vado de Tonkolo el camino ofrece algunas dificultades á causa de las montañas y de los esteros y el transporte por el mismo se hace hoy con mulos, asnos, pequeños carros y aun con faquines, medios todos costosos é imperfectos que no permiten transportar objetos pesados y que hay que abandonar lo más pronto posible, bien construyendo una vía empedrada, bien sentando un ferrocarril de 50 ó 60 centímetros.

El camino cuya construcción se impone, además de facilitar el transporte de víveres para el cuerpo de ocupación y los movimientos de éste, suprimiría los faquines, corbea insoportable para los indígenas, que les mueve á huir de la línea de los puestos franceses y les impide cultivar las tierras, hasta el punto de que las columnas no encuentran á su paso los víveres necesarios. El mijo, base de toda alimentación, prosperaría allí tan bien como en otras partes si no fuera por la falta de brazos.

Construída la vía de comunicación entre Kayes y Bammako y derivado hacia nuestras posesiones el comercio del Níger, el presupuesto de ocupación del alto Senegal disminuiría considerablemente, resultado que parecerá poco halagüeño para aquellos que pretenden que las colonias produzcan beneficios en seguida. Pero ¿cuáles son las colonias que se encuentran en este caso? ¿Por ventura la historia de la colonización no demuestra que las mejores han necesitado una serie más ó menos larga de esfuerzos? ¿Debemos considerar como estériles los sacrificios que por el Sudán hacemos ó hemos de reservar nuestro juicio para el porvenir?

Se ha dicho que la población del Sudán no era suficientemente densa y en parte convengo en ello: tal sucede en nuestra línea de apostaderos, despoblada por las causas antes mencionadas. En el Níger, en la cuenca de Bammako á Diafarabé (450 kilómetros), puede estimarse la población en 90.000 habitantes; de Diafarabé á Mopti (100 kilómetros) no hay más que 5.000, á consecuencia de los actos de Tidiani; entre Mopti y el lago Dheboé (80 kilómetros) las inundaciones obligan á los habitantes de las aldeas á emplazarlas en el interior, á pesar de lo cual puede calcularse en 8.000 el número de indígenas que pueblan las orillas de aquél; entre Sa y Dar-Salam hay á lo menos 30.000 habitantes junto al río; á partir de Dar-Salam es preciso llegar hasta Timbuktú para encontrar una gran aglomeración; los campamentos que de cuando en cuando se encuentran en los sitios que ocuparon las aldeas destruídas por Tidiani, cuentan, en junto, 6.000 almas.

De suerte que sólo ateniéndonos á las márgenes del Níger, en una extensión de 1.200 kilómetros de largo por 6 de ancho, ó sean 7.200 kilómetros cuadrados, existe una población de 139.000 almas, es decir, un término medio de 19 por kilómetro cuadrado. Podría objetarse que los ríos están más poblados, pero en el Sudán no siempre sucede así: el estero de Diaka, por ejemplo, ha sido completamente abandonado y sus habitantes han sido conducidos al interior del Macina, mientras que el Beledugú, que sólo toca al Níger por uno de sus extremos, es la población más densa de todo el Sudán francés. La verdad es que la raza negra es muy prolífica, que se multiplicaría rápidamente si no fuese por la guerra, la esclavitud, el hambre y la falta de higiene, y que donde quiera que existen condiciones suficientes de paz y de bienestar, se encuentran con seguridad aglomeraciones.



EL GENERAL CAPRIVI
Nuevo canciller del Imperio alemán

Otro reproche más fundado que se hace á los negros es la pereza, hija de sus pocas necesidades; pero esto que en otro tiempo era cierto en los bordes del Senegal, no lo es tanto ahora, pues el negro trabaja allí de distintos modos por el afán de lucro y para satisfacer las nuevas necesidades que le ha creado nuestra civilización. La misma transformación se operará en el alto Senegal y en las orillas del Níger y aun puede decirse que ya ha comenzado en las inmediaciones de nuestros apostaderos.

En cuanto á la poca fertilidad del suelo, sólo tiene un valor relativo por lo que hace á las plantas exóticas, pudiendo afirmarse que son susceptibles de cultivo el trigo, el guayabo, el limonero, el naranjo, el papayo, el café, el árbol de kola, la vid, el tabaco, el plátano, la piña, y algunas legumbres de Europa.

La insalubridad del clima y la imposibilidad de que los europeos permanezcan muchos años seguidos en el país hacen que el Sudán sólo pueda ser una colonia de comercio y explotación. Pero las causas principales de la mortalidad de europeos en el alto Senegal son la falta de comodidad y de higiene, los malos alimentos y las marchas al sol: con la paz y con buenos caminos, muchas de estas causas desaparecerían.

La transformación del Sudán francés ofrece grandes dificultades, pero confiamos en un porvenir próximo hoy que la paz ha quedado restablecida. Después de los sacrificios hechos, Francia no puede abandonar el Sudán, pues, aun dejando á un lado las consideraciones económicas, es imposible que la nación que posee en Africa la Argelia y el Senegal, no siga la marcha de las demás naciones europeas que se reparten el continente africano, en cuyos territorios vírgenes cifran grandes esperanzas para el porvenir. Francia debe tender á unir la Argelia con el Sudán francés no con empresas grandiosas y prematuras, sino por medio de una radiación inmediata progresiva y continua, dirigida á la vez desde el Sur de la Argelia y de Bammako al centro del Africa y á las costas del Atlántico, so pena de que una nación rival le corte el camino.

Desde el punto de vista de los intereses de la civilización, creo fundadamente que las poblaciones negras no son refractarias á nuestra cultura, tanto más cuanto que con ésta quedaría suprimida la trata de esclavos. Esta, sin embargo, habría de desaparecer progresivamente á menos de emprender expediciones costosísimas y quizás inútiles, pues una revolución social, aun en el Sudán, no duraría si para ella se empleaba la violencia, y por querer ir demasiado de prisa se correría el riesgo de comprometer una gran obra.

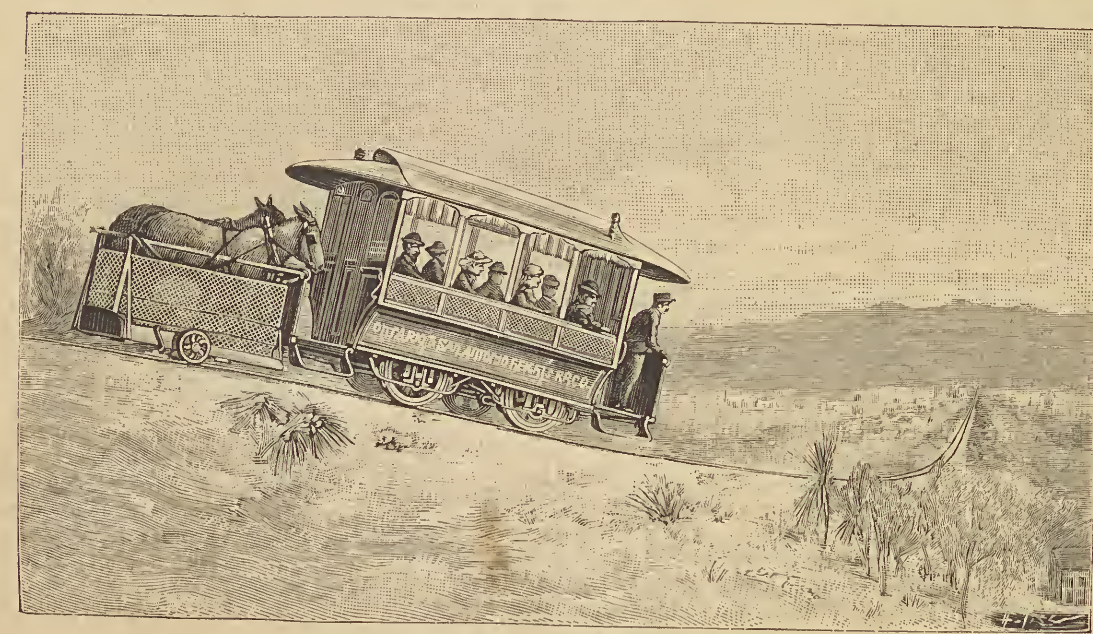
Creo que la Francia cumplirá en el Sudán como en todas partes su misión civilizadora.

E. Cooton.

(1) Hay actualmente un ferrocarril Decauville que este año llegará á Badumbé.

TRANVÍA INGENIOSO

Lo es sin duda el instalado en la magnífica ciudad de Ontario: hace el servicio de las afueras de dicha ciudad y atraviesa las colinas que alrededor de la misma se alzan y en las cuales hay grandes pendientes que salvar.



Tranvía de Ontario (California) bajando una pendiente

Un par de mulas arrastra el vehículo en los trozos llanos y en las cuestas, pero en las bajadas el tranvía y el tiro verifican el descenso á impulsos de la propia gravedad del primero, según puede verse en nuestro grabado, para lo cual se coloca á las mulas en una especie de plataforma provista de frenos que gobierna el conductor. Cuando aquéllas han de volver á encargarse de la tracción, se baja el enrejado de la plataforma, la cual desaparece debajo del tranvía. Esta maniobra y la inversa se verifican casi instantáneamente.

Con este sistema se ahorra fuerza animal, se da á las mulas algún reposo y se obtiene una velocidad que con éstas no se podría alcanzar.

(De *La Nature.*)

Imp. de Montaner y Simón